El novelista Ricardo Menéndez Salmón

Elena Ramírez

EL MUNDO DEL EDITOR ESTÁ SIGNADO POR LA RELACIÓN ENTRE EL SI Y EL NO; SUS APUESTAS SON VISIBLES Y NOS IMPORTA SABER LAS RAZONES. ELENA RAMÍREZ, EDITORA DE SEIX BARRAL ESCRIBE, CON PASIÓN, DE UNO DE SUS AUTORES.

Busqué a Ricardo Menéndez Salmón después de leer *Los caballos azules.* Nada sabía de él antes de que Rosa Regàs me regalara un ejemplar de ese volumen de cuentos publicado por Trea que había caído en sus manos por el mismo obsequioso azar. Como ella, lo devoré en un avión, y como ella, también, tardé en desprenderme del frío hechizo de una prosa de innegable calidad. Unos días y un par de llamadas más tarde localicé a Ricardo y le abrí una ventana a Seix Barral con intención de que me diera la oportunidad de leer algo nuevo suyo, de que se asomara para conocerle más. Y descubrí a un hombre tranquilo a fuerza de contrarrestar su desasosiego vital con la dulzura de sus gestos y la de su voz; a un lector voraz deudor de escritores como Faulkner, Dostoievski, Conrad, Kafka, Borges, Onetti o Perec; a un artesano modelador del asombro como estrategia narrativa, a un escritor influido por su formación filosófica y obsesionado por cuestiones como el mal, la identidad y la forma en que la gran Historia se entreteje con las historias minúsculas.

Ricardo Menéndez Salmón tenía a sus espaldas casi cuarenta premios de mayor o menor calado y una obra forjada a lo largo de diez años y publicada en editoriales locales –un volumen de relatos (Los desposeídos), una obra de teatro (*Las apologías de Sócrates*), tres poemarios (*La soledad del grumete, Constantino Cavafis vierte lágrimas arcádicas* y *Kindertolenlieder*), dos breves ensayos y tres novelas publicadas (*La filosofía en invierno, Panóptico*

y *Los arrebatados*) y una en ciernes (*La noche feroz*)– cuando obtuvo el Premio internacional de cuentos Juan Rulfo por el relato que da título a *Los caballos azules.* Pero por impresionante que parezca su trayectoria a vista de pájaro, no tenía aún la visibilidad que, para bien o para mal, supone el batirse en primera línea de fuego en el ámbito nacional.

Cuando se trabaja en la cocina de la literatura, cuando se lee tanto de todo calibre y tan a menudo se aprecia o tal vez se contribuye a construir una democrática conformidad con la más elemental corrección literaria, se corre el riesgo de perder la perspectiva, de volverse en cierto modo escéptico al momento casi mágico de saber que uno tiene entre las manos algo realmente bueno. Leí el primer borrador de *La ofensa*, entonces titulada *La carne de Kurt*, sorprendida por la eficacia de una prosa fría y cálida a la vez, cristalina y barroca, por la belleza de una fábula con un simbolismo universal impactante. Y al terminarla supe que, por encima de todo, lo que sustentaba la maravillosa historia del inocente sastre sobrepasado por el horror de la guerra era el talento. Talento.

Hay escritores gimnastas, que por mucho que practiquen lo máximo que consiguen es mantener tonificada la musculatura, y en cuanto dejan de entrenar, incluso la pierden; luego están los escolares, aquellos que se lanzan el último día antes de entregar un trabajo a escribir lo primero que se les viene a la cabeza y con cierta maña consiguen un aprobado raspón, y se «egocionan» al pensar en su fuero interno que podrían haber publicado un trabajo de matrícula; hay escritores actores, y siempre se les ve interpretando detrás de sus personajes; hay relojeros, impostores, escultores de vanguardia, magos, músicos de jazz y artesanos auténticos (y si paras dos minutos a pensar te sale al menos un nombre detrás de cada una de estas categorías), pero sea cual sea su condición, y tengan la talla que tengan, hay verdaderamente muy pocos, como en cualquier otra faceta de la vida, con un talento natural para lo que hacen, con ese punto que marca instintivamente la diferencia.

Desde que Seix Barral publicó *La ofensa* la crítica no ha escatimado elogios, y los elogios de cuantos escritores y periodistas la han ido leyendo y han tenido tribuna para contarlo en un foro u otro no han parado de llegar; dos editoriales francesas, Gallimard

y Seuil, levantaron la mano para disputarse la novela cuando aún estaba caliente la segunda edición y abrieron brecha a un creciente interés internacional, los comerciales que visitan las librerías y los libreros, eslabones imprescindibles en esta gran cadena del ser, se han comprometido por iniciativa propia y de una forma muy especial a difundir la novela.

¿Qué hay detrás de tanta unanimidad? El talento para esculpir, narrar y transmitir una historia. Porque esta cualidad que a menudo se da por supuesta y mil veces no está, o se reserva al genio críptico y ensimismado nada más, es capaz de devolver al lector el milagro del placer por la lectura, al librero el sentido de su vocación prescriptiva, al comercial la perspectiva de la importancia de su misión, al crítico los puntos de referencia y al editor el entusiasmo por su profesión ©